

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN JUAN NEPOMUCENO.

(DE TRONCOSO.)

Si desieris loqui quod non prodest... orietur in tenebris lux tua, et tenebræ tuæ erunt sicut meridies, et requiem tibi dabit Dominus semper, et implebit splendoribus animam tuam, et ossa tua liberabit.

Si dejares de hablar lo que no conviene... nacerá para ti la luz en las tinieblas, y tus tinieblas se convertirán en claridad de medio dia. El Señor te dará un perpetuo reposo, llenará tu alma de resplandores, y libertará tus huesos de la corrupcion.

Isaias, c. 58. v. 9, 10 y 11.

En ninguno de los héroes que nos ofrece la historia del cristianismo se vieron jamas realizadas con tanta propiedad las palabras que acabo de pronunciar por tema del presente discurso, como en el ínclito é inmortal objeto de nuestros cultos. Siempre y en todos tiempos se han visto brotar del seno de esa fecunda madre la iglesia católica hijos fieles que la han llenado de gloria y esplendor. Los unos como ángeles del Testamento, han penetrado en alas de su celo hasta las mas remotas estremidades del orbe, llevando por do quiera las luces brillantísimas de la fe : los otros con sus valientes plumas derrocaron el gigantesco coloso del error, eternizando en sucesivas generaciones los triunfos y rápidas conquistas de la verdad ; estos defendieron los intereses de la iglesia con intrepidez y constancia admirables, oponiendo una insuperable valla á las demasías y ambiciosos proyectos del terreno poder : aquellos sellaron con su sangre como varones de buen testimonio el que dieran de su adhesión imperturbable á las doctrinas de su maestro Jesus, y

á los dogmas del catolicismo; unos y otros, y todos á su vez han sido el ornamento de la iglesia, la luz de su siglo, el modelo de sus coetáneos y la antorcha de las futuras generaciones. Uno empero descuella entre estos astros luminosos del católico hemisferio, que reuniendo las cualidades de todos, hace reflejar en sí mismo toda su gloria, distinguiéndose no obstante de ellos por el carácter de su nuevo heroísmo.

Juan Nepomuceno ! tiempo es ya que pronuncie tu nombre. ¿Y quién duda, católicos, que este héroe invicto, cuyas glorias solemnizamos hoy en este augusto templo, reunió en su persona las cualidades brillantísimas de los demas héroes del cristianismo? Como apóstol, ¿no predicó las verdades eternas evangelizando el nombre de Dios en Sion, y reprochando sus infidelidades á Jerusalem? Como apologista, ¿no se opuso cual muro de bronce al torrente devastador de la impiedad, y lanzó de Israel los falsos profetas que la infestaban con sus detestables doctrinas? Como pastor bueno, ¿no gritó fuertemente para ahuyentar los lobos que cercaban la grey del eterno Pastor y librar á sus ovejas de sus formidables garras? Pero tambien calló, señores, y su silencio es el que forma el principal carácter de su heroísmo. Porque léjos de callar como esos falsos pastores que lo son de sí mismos y no de su grey, calló cuando imperiosamente lo exigian el honor de la iglesia y la inviolabilidad de sus dogmas sacrosantos. ¡Qué silencio tan laudable! Muchos callan, y callando se califican de necios cuando ménos, si no de infieles y traidores á su Dios y á los intereses de su augusto ministerio. Juan Nepomuceno calló, y su silencio le mereció la gloria de héroe incomparable, verificándose en él lo que el Señor dijo á su profeta Isaiás : « Si dejares de hablar lo que no conviene, nacerá para ti la luz en las tinieblas, y tus tinieblas se convertirán para ti en la luz del medio dia. El Señor te dará un perpetuo reposo, llenará tu alma de resplandores, y librerá tus huesos de la corrupcion. »

No nos dilatemos mas en los preliminares del elogio de nuestro héroe. Estas palabras nos descubren un vasto campo, y ya vosotros habeis podido comprender la idea de mi asunto al aplicárselas á Juan Nepomuceno. Él es un modelo digno de ser imitado por todos los ministros del santuario, á la par que un motivo de confusion para aquellos que, desentendiéndose de sus deberes sagrados, pliegan ante las arbitrarias exigencias de

la política y del mundano poder. Porque si bien habló y calló cuando así lo exigian el honor de su ministerio y la pureza de su fe, calló tambien y no habló cuando el silencio era un deber de su conciencia; á diferencia de aquellos que, constituídos para ser los conductores y pastores de los pueblos, callan cual perros mudos cuando debian hablar con fuerza y energía, y hablan temerarios en ocasiones que enmudecer debieran. Justo es pues que aprendan y aprendamos todos cuantos ejercemos el ministerio santo que el Señor nos ha confiado en su iglesia, cuándo debemos hablar, y cuándo observar el mas profundo silencio. Juan Nepomuceno será nuestro modelo. En él admiraremos un héroe que hablando cuando debia hacerlo, mereció la gloria de apóstol y defensor de la verdad, y callando con oportunidad, se hizo acreedor á la corona de mártir. Sus palabras le llenaron de honor; su silencio coronó su heroísmo. Hé aquí en dos brevísimas reflexiones trazado el plan del presente discurso.

Virgen admirable, protectora de los que invocan tu nombre dulce y sacrosanto, dignaos poner en mis labios palabras dignas de asunto tan edificante. Muévase vuestro virgíneo pecho del afecto con que os saludamos como en otro tiempo el celestial arcángel, diciendo reverentes : *Ave Maria*.

PRIMERA REFLEXION.

En el terreno en que me he colocado, no me es posible detenerme un solo momento en trazar el elogio de la infantil edad de Juan Nepomuceno. Preciso me es pasar en silencio los multiplicados signos que desde su misma cuna presagiaron ya en nuestro héroe uno de aquellos hombres grandes, generosos y emprendedores que el Señor tiene reservados en el seno de sus misericordias, para el bien de los pueblos y consuelo de la humanidad. Ni la superioridad de talentos que manifestó desde sus mas tiernos años, ni las cualidades brillantes que le hacian ya entónces ser mirado con veneracion por todos sus compatriotas; ni los honores de que se vió rodeado en su juventud, á pesar de su humilde y oscura cuna; nada de esto excita hoy mi admiracion. Si la Bohemia admiró y con justa razon estas dotes que hacian vislumbrar en él un genio privilegiado que vendria á ser con el tiempo el honor de la ciencia, la felicidad del imperio y la gloria de la Iglesia, no se engañó en el juicio que ha-

bia formado. La universidad de Praga, en cuyo seno derramó las primeras luces de su vasta erudicion confundiendo á sus émulos y asombrando á los mayores talentos de la época, será miétras exista un monumento irrefragable de la gloria que le merecieron sus palabras. Pero no, no es este el terreno en que Juan Nepomuceno debe colocarse para difundir la brillantez de sus luces. Ni el foro, ni las academias, ni los liceos, ni esos teatros en donde el mundano saber adquiere á veces una inmerecida reputacion, era donde nuestro héroe debia adquirirse una gloria grande y un nombre eterno.

Abrios, puertas del santuario, franquead la entrada á ese nuevo Bautista que de su seno ha de salir un dia para confundir la procacidad de un nuevo Heródes, y sellar con su sangre el testimonio de su incorruptibilidad. ¿Por qué temes, jóven virtuoso? ¿Por qué recelas aspirar al sacerdocio, cuando á él te llama el Señor por medio del oráculo que ha colocado en su iglesia? ¿Y los deseos de tu patria? ¿Y los votos de tus compatriotas? Y..... no lo dilates mas; sube, sube al ara santa á recibir la uncion sagrada que debe autorizarte para las grandes empresas del servicio de Dios y de su iglesia. Así es: Juan Nepomuceno asciende á la dignidad sacerdotal: vedle colocado en la eminencia, para derramar de allí por todo el mundo la brillantez de sus resplandores; aquí es donde con toda propiedad empieza la carrera de su apostolado; aquí en donde empieza á hablar. Habla en efecto, y sus palabras no ménos que sus acciones le manifiestan incorruptible, íntegro, incapaz de sacrificar los intereses de su Dios á las políticas exigencias del César. Praga, semillero entónces de corrupcion y de vicios, oye la voz del nuevo apóstol; admira la libertad santa y la invencible firmeza con que se opone al torrente devastador de las pasiones, y cuenta entre sus primeras conquistas á sus mas encarnizados rivales en la carrera de las ciencias: ¿Qué importa que, como en nuestros dias, tambien entónces hubiese en el seno de la Bohemia hombres que predicándose á sí mismos, de nada ménos cuidaban que de predicar á Jesucristo crucificado? Juan Nepomuceno predicando la cruz del Salvador, reportará mayores triunfos, conquistas mas rápidas, y recogerá frutos mas abundantes que aquellos; porque no busca los aplausos de la multitud, ni los honores de la corte, ni el favor de los potentados ni el incienso de los sabios; busca la gloria de Dios, la salvacion de

las almas, la conversion de los pecadores: lágrimas busca y no una admiracion estéril; arrepentimiento y no el prestigio de mundo. Esto es lo que necesitaba la Bohemia, y esto solo pudo hallarlo en un apóstol cual era nuestro inmortal Nepomuceno.

Pero Dios que tenia sobre su siervo designios de un órden superior, prepara el modo de realizarlos, y le coloca en el seno de la corrupcion y de la inmoralidad, en el teatro de todos los excesos, en donde reina el vicio con impudor, en donde la impiedad tiene apologistas asalariados, en donde la ambicion domina, la lujuria hierva, la hipocresía viene á ser una necesidad, y la lisonja un deber. Tales han sido casi siempre los palacios de los grandes monarcas, y hé aquí pintado el carácter de la corte del rey Wenceslao. Á este asilo de la corrupcion es conducido nuestro héroe por el deseo vivísimo de su facundia, cuya fama en todas las clases se habia ya generalizado. Entra pues con el destino de limosnero mayor; y ¿pensais que el brillo alucinador de los honores terrenales eclipse su vista para que deje de conocer sus deberes y llenarlos exactísimamente? No; aunque para ello haya de luchar contra todo el torrente de unas pasiones tanto mas arraigadas cuanto que se miran autorizadas por el trono mismo. Nada importa á nuestro héroe el verse rodeado de apóstoles venales y asalariados, que corroidos por la ambicion de los altos destinos, solo tratan de lisonjear muellemente los oídos del príncipe, y dorar sus excesos por hacerse un partido entre los áulicos y cortesanos. Juan Nepomuceno nada busca ni desea sino el bien y la felicidad de su país y la gloria de la religion; por eso mira con desprecio todo cuanto puede prometerle el mundo, y solo aspira á hacer reinar la verdad en el sitio que ha usurpado el error. Tendrá émulos, verá conjurarse contra él el odio y la animadversion de hombres afeminados, que le presentarán á la faz del monarca como indigno del destino que ocupa: pero él aborrece un destino que no puede llenar sin hacer traicion á su conciencia y á su Dios. No lo hará pues; hablará como David sin confundirse ni amedrentarse en presencia de los reyes; porque el celo de la casa de sus Dios devora sus entrañas, y prefiere morar un solo dia abyecto y despreciado en la casa del Señor, mas que años mil en el apogeo del honor y de la gloria en los tabernáculos de los pecadores. Habla, y sus palabras son dardos que penetran en el seno de las conciencias culpables, y llevan el terror á los corazones

mas apáticos é indiferentes. En unos reprende la incredulidad: en otros la lascivia; á estos da en rostro con sus escándalos; á aquellos con sus infidelidades é injusticias; y á todos los hace oír el lenguaje enérgico del deber y del convencimiento. Pero sus tiros tenian un punto de direccion especial. Sabia Juan Nepomuceno que una vez enseñoreadas las pasiones del solio, estas se propagan con fácil rapidez en las demas clases del estado. No ignoraba que autorizado el crimen por el monarca, bien presto los vasallos llegan á perder todo género de consideraciones, y rompen la valla del deber. Conocia á fondo el carácter de Wenceslao; habia estudiado minuciosamente sus inclinaciones; leía su corazon, y le miraba corrompido con todo género de excesos. Su deber era no disimular, argüir, sí, reprender, exhortar con todo género de sabiduría y doctrina oportuna é importunamente (1); y así lo ejecutaba, sin faltar empero al respeto que debia al que representaba la autoridad del monarca universal. Sumamente agradecido á sus beneficios, correspondia á la amistad con que le distinguia; amábale como á su rey; pero no le era posible adular sus extravíos. Hubiera sido traidor á la confianza que en él habia depositado Wenceslao, si viéndole correr hácia la sima profunda de la perdicion, no le hubiese manifestado los escollos, y contenídole en su impetuoso curso. ¡Qué intrepidez, qué celo no despliega Juan Nepomuceno! ¡qué desinterés no manifiesta! Cuando vemos todos los dias que un enjambre de viles esclavos de la ambicion sacrifican alevosamente su carácter augusto ante las aras de la inconstante fortuna, para convertirse un dia en monstruos de la mas negra ingratitud, ¡cuánto no se complace nuestro espíritu al contemplar en la corte de Bohemia un hombre, que con solo desear los honores y los mas distinguidos puestos hubiéralos conseguido en el momento, y que léjos de ambicionarlos, los agradece cuando se le ofrecen, pero los renuncia heroicamente, y no los acepta, por consagrarse exclusivamente á las penosas tareas de su ministerio y prestar los mas útiles servicios á su rey, á su religion y á su patria! Juan Nepomuceno es el alma de los negocios mas arduos, el consejero en las dudas mas difíciles, el pacificador de los pueblos, el faro luminoso de todo el reino. En sus manos se depositan los intereses de Bohemia; y su re-

(1) II. Tim. c. 4. v. 3.

poso, su prosperidad, su dicha, todo es obra de la reforma que en las costumbres públicas y privadas se ha establecido á impulso de este apóstol admirable.

Entre tanto el mal espíritu que agitaba á Wenceslao, preparábase como á otro Saúl, para ser el perseguidor tenaz de su mas fiel amigo, de su mas incorruptible consejero. Juan Nepomuceno debia ser la víctima del monarca : así lo habia decretado el cielo para dejar á la tierra un monumento eterno de un heroísmo hasta entónces jamas conocido. Aquel varon santísimo que hasta entónces habia hablado con valor é intrepidez inimitable, y sin embargo habia merecido los elogios y la veneracion del mismo á quien reprendiera, iba á ser sacrificado víctima de un silencio tan justo en sus motivos como sagrado en sí mismo. Tiempo es pues que habiéndole contemplado como un celoso apóstol de la verdad por sus palabras, le admiremos por su silencio recibiendo la palma de mártir. Ved aquí el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

Depositario de los secretos de la reina esposa de Wenceslao, Juan Nepomuceno dirigia su conciencia en el tribunal de la penitencia, y aquella alma cándida y naturalmente inclinada á la piedad recibia de dia en dia un nuevo acrecentamiento en la virtud, con los consejos del sabio y virtuoso confesor. Tal es el origen del silencio que debia un dia merecer á nuestro héroe el mérito de un nuevo martirio, tanto mas glorioso, cuanto que, como se expresa una sabia pluma, jamas hasta entónces se habia visto un tirano que se atreviese á combatir la inviolabilidad del secreto sacramental, ni este habia suministrado víctimas á la fe (1). En efecto, tiernamente apasionado por su consorte, Wenceslao la amaba ; pero su amor no era moderado. No sé qué astro fatal, sorprendiendo la turbulenta imaginacion del monarca, llena su corazon de inquietudes cuyo origen no puede explicarse á sí mismo. Abriga en su pecho dudas y sospechas, que si por una parte injurian altamente la reputacion de la reina, no perturban ménos el reposo del príncipe. La paz ha huído de su pecho; negras sombras cubren su vertiginoso espíritu ; la desconfianza abrasa sus entrañas; el odio empieza á ocupar en

(1) *Latour Dupin. Serm. de S. Juan Nepomuc.*

su alma el lugar que ántes ocupaba un cariño excesivo; ya no puede sufrir por mas tiempo su situacion angustiosa, y para pacificar sus inquietudes adopta una resolucion tan punible como horrorosa. Ello es hecho; preciso es derrocar la constancia del santo confesor y arrancarle por fuerza un secreto..... Gran Dios! ¡cuán grande es el imperio de las pasiones! ¡Cuán funestos son los resultados de la irreligion! Mas ¿qué dije? la religion misma parece á veces insuficiente para detener en su impetuoso curso los excesos violentos de una imaginacion borrasca. Wenceslao da principio á la lucha; y para rendir aquel corazon inexpugnable, prepara sus expresiones con artificio; emplea el cariño, la amistad, todos los resortes pone en movimiento para conseguir que Juan Nepomuceno le revele los secretos de la reina, sabidos por la confesion sacramental. Qué proyecto! ¿Y permitiréis, señor, sucumba la constancia de vuestro siervo á las importunas y sacrílegas exigencias del monarca? No : la sola idea de tan horroroso atentado le llena de terror; estremécese su corazon, pero su fortaleza é intrepidez se acrecientan en proporcion de los peligros que le rodean. Wenceslao manda imperiosamente : quiere ser obedecido; es rey..... mas porque lo sea, ¿puede acaso penetrar en el santuario de la conciencia? ¿No es mas justo obedecer á Dios que al hombre, cuando el hombre desconoce la autoridad de Dios? Bien persuadido está de esto nuestro héroe; y en su consecuencia en vano esperará el monarca atrevido retroceda un ápice; ni pase una línea de los límites que le ha prescrito la religion. Será conceptuado rebelde á la autoridad, cargado de prisiones, aherrado con duros hierros, oprimido con todo género de vejaciones y molestias; pero sucumbir.....? Nunca. Fiel á su rey, desea obedecerle como vasallo; pero como cristiano no le es posible ejecutar lo que su conciencia le prohíbe. Si por una criminal connivencia condescendiese á los caprichosos deseos del monarca, caería en la animadversion del Monarca supremo y universal, seria traidor á su Dios, incurriría en su eterna indignacion, y esto no es posible. Pero estas consideraciones ninguna fuerza hacen en el despechado corazon de Wenceslao; arde en furor, y manda que Juan Nepomuceno sea sepultado en un tétrico y oscuro calabozo.

Oh mansion del horror! Oh asilo del crimen! ¿Cuándo te viste jamas ocupado por la inocencia y la virtud? Pero la virtud

y la inocencia que en ti moran harán que tus tinieblas se conviertan en claridad de mediodía. Hé ahí la víctima del silencio; sacrificala en buen hora al sañudo encono de una pasión vil y vergonzosa; pero su secreto..... ni los frios muros de esa tumba podrán saberlos; porque llegado es el tiempo de que ese cadáver viviente que ocultas en tu seno corone su heroísmo, añadiendo con su silencio nuevos laureles á la gloriosa diadema que le tejiera su apostólica predicación. Mas ántes que sea consumado el sacrificio, preciso es que la malignidad apure sus recursos para vencer la constancia del invicto confesor. Saldrá de la prisión; será presentado en la corte; se sentará á la mesa del monarca; este le prodigará sus caricias, y le reiterará las protestas de su amistad..... Mas ah! Juan Nepomuceno conoce el designio que oculta bajo aquellas exterioridades; ve arder en el pecho del monarca un fuego voraz; y aquella calma afectada le permite escuchar á lo léjos el horroroso bramido de la mas cruda tormenta. Esta no tarda en estallar; vuelve á la carga el impío príncipe; agítale de nuevo el furor; manda preparar suplicios; ya no se trata de contemporizar, trátase únicamente de una venganza horrorosa. Señor! sostened la constancia de Juan Nepomuceno! ; Sellad sus labios para que no descubra el secreto que se le exige! Mas ¿qué temeís, católicos? ¿Es por ventura nuestro héroe uno de esos hombres de dos rostros, de dos lenguas, á quienes detesta el Señor? (1) ¿Es del número de aquellos que contradicen hoy lo que ayer dijieran altamente, por no perder su libertad, su prestigio, ó bien por optar á mayores empleos, á mas altos destinos? Sea este norabuena el carácter de esos esbirros del mundano poder, de esos raquícos adulaadores del trono, de esos viles esclavos de la política incrédula, prontos á plegarse á sus exigencias siempre que de su infidelidad puedan prometerse ventajas, cruces, honores, oro ó predominio sobre sus semejantes. Juan Nepomuceno no conoce ese código de mera oportunidad; no observa sino aquel en donde se hallan marcados los deberes del discípulo del Crucificado. Léjos de avergonzarse de la cruz, forma de los padecimientos su honor y su felicidad, porque sufre la ignominia por el nombre de Jesus. Así que, sordo á las súplicas, superior á las amenazas, insensible á los tormentos, indiferente á las lágrimas... ni aun

(1) *Proverb. c. 8. v. 13.*

la emperatriz misma es capaz de hacerle ceder á los deseos del monarca. Resístese denodadamente; calla; no es posible vencerle. ¿Qué hará pues Wenceslao? Bien lo conoce el invicto confesor; mas no por eso se desalienta. Sabe anticipadamente su martirio; le anuncia; predice los horrores que han de caer sucesivamente sobre aquel reino desventurado, y los crímenes y las herejías que han de afligir á la iglesia. Entre tanto el tiempo urge.... fuerza es romper el silencio ó prepararse á la muerte. Optad, le dice el monarca, elegid entre estos dos extremos. El imperturbable prisionero calla, enmudece, y su silencio es la sentencia definitiva de su muerte. Ya está entregado en manos de sus ejecutores; las aguas del Moldaw son su suplicio. Vedle ya sumido en aquel caudaloso rio. Juan Nepomuceno desaparece de la vista de los circunstantes; pero bien pronto se patentiza su gloria, á la par que el crimen del impío monarca, y se verifica en nuestro agosto mártir lo que predijera el Señor por Isaías: que por haber observado un debido y justo silencio, dióle el Señor un perpetuo reposo, y libró sus huesos de la corrupción.

En efecto las mismas aguas que le habian sepultado en sus abismos, le arrojan de su seno con indecible gozo de los buenos católicos, que se apresuran á tributar los mas cordiales obsequios á la memoria de un héroe que ha dejado vinculado á la Bohemia un recuerdo perpetuo de constancia é intrepidez, que le llena de gloria y le merece los aplausos de todo el universo. El sepulcro del mártir es un santuario en donde el pobre halla el remedio de sus necesidades, el afligido el consuelo en sus infortunios, el enfermo la salud, y los que gimen bajo el peso de la negra calumnia recobran el honor, la reputación y la inocencia, bienes de todo punto mas preciosos que el oro y que las felicidades todas de este siglo. Su sangre fresca y líquida, su lengua incorrupta, instrumento de su incomparable heroísmo, permanecen hoy como un testimonio irrefragable de su gloria, no ménos que del oprobio que pesa y pesará siempre sobre el nombre aborrecible de su infiel tirano.

Tiemblen pues todos cuantos, imitando la conducta del sacrilego y criminal Wenceslao, osaren penetrar con mano aleve en el sagrado de la conciencia de sus súbditos, para exigir de ellos condescendencias que en lo mas mínimo puedan comprometer su carácter augusto. Teman, sí, que el Señor ejerza sobre

ellos los castigos de su inflexible justicia, haciendo que, no solo en la eternidad, sino tambien en tiempo vengan á ser objetos de horror y abominacion; y que sus nombres marcados con el sello de la inhumanidad, no sean pronunciados sino para lanzar contra su memoria los anatemas á que les hicieran acreedores los horrores de su impía dominacion.

No así los ministros del santuario que, fieles imitadores de Juan Nepomuceno, supieren sostener y defender los intereses de su Dios, de su religion, y la pureza de sus dogmas contra la procacidad de la incrédula é impía política del siglo. Estos, no ménos que nuestro ínclito mártir, serán dichosos en eternas generaciones; su memoria será preciosa en los fastos de la humanidad y de la religion; su constancia será siempre admirada, elogiado su heroísmo, y perpetua y sin término su gloria.

¡Plegue á vos, oh Dios de bondad, renovar en el seno de vuestra esposa amada el espíritu de celo y de constancia de vuestro siervo querido Juan Nepomuceno! Sellad, Señor, los labios de vuestros ministros para que jamas profieran expresion alguna que en lo mas mínimo pueda comprometer los intereses que habeis depositado en sus manos. Haced que todos cuantos estamos investidos de la augusta potestad que por vuestros apóstoles nos legásteis, sepamos llenar los deberes á ella consiguientes; que seamos puros, íntegros, incorruptibles, constantes, firmes para arrostrar los peligros y la muerte ántes que faltar á nuestra conciencia y á nuestras sagradas promesas; á fin que despues de cumplir, como buenos administradores de vuestros bienes, nuestra mision sagrada, seamos dignos de recibir la eterna recompensa que nos teneis prometida en la mansion de la inmortalidad.

SERMON

DE SAN JUAN DE SAHAGUN.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Beati pacifici.

Bienaventurados los pacíficos.

S. Mateo, c. 5. v. 9.

Sed humildes, mansos, suaves, afables y pacientes: sufríos mutuamente vuestros defectos, y procurad sobre todo conservar entre vosotros una perfecta union de espíritu, sin romper jamas aquel vínculo de paz que deberia ser indisoluble; dad á entender á todos que sois un solo cuerpo animado de un mismo espíritu. Así lo encargaba el Apóstol á los primeros fieles (1), y así deben ser los discípulos de Jesucristo, si han de gloriarse del nombre de cristianos. La paz en la tierra á los hombres de buena voluntad es lo que trajo Jesus al mundo en su nacimiento. Este es el precepto del Señor, el que nos amemos unos á otros; este es el mandamiento que nos encarga y repite con frecuencia; en esto quiere que conozcan todos que somos discípulos de un rey pacífico: en que estamos unidos con los vínculos del amor y la paz; esto pide el mismo Jesus á su eterno Padre para nosotros, rogándole que seamos todos uno solo por la union de nuestra voluntad, así como están unidos él y su Padre. Esto es lo que deseaba Jesus y lo que decia cuando saludaba á sus apóstoles, *pax vobis*: la paz sea con vosotros. El mismo san Pablo exhortando á los fieles á seguir lo mejor, nos dice expresamente que la caridad es el superior y mas eminen-

(1) *Ad Ephes, c. 4.*